

Desde Basilea no se ven los Alpes, se los tapan los últimos pliegues del Jura que vienen a morir en sus calles altas. Basilea se ve obligada a mirar al norte, hacia donde camina el padre Rhin y a dar la espalda a Suiza. De tanto mirar al norte, de tanto forzar la vista para adivinar el mar, a Basilea le ha ido brotando una peregrina vocación marinera. A muchos kilómetros de la costa, la ciudad episcopal tiene un puerto, una flota mercante, un club náutico y una escuela de marear. Diríase un querer y no poder. Hasta su aire –por más que se empeñe– no llegará nunca el regusto de la sal y de la brea, el olor de la salazón ni el lejano rumor del oleaje deshaciéndose. Sus anclas, sus salvavidas, sus cordajes y sus remos cruzados resultan más presuntuosos que eficaces. Basilea tiene un complejo sin superar: los mil kilómetros que la separan de Rotterdam.

Al entrar en Basilea, el padre Rhin también, como el Duero, “traza su curva de ballesta”. Antes, desde que comenzara a formarse en las altas barrancas del S. Gotardo, ha tenido unas decenas de leguas para crecer y hacerse hombre. Arrastrando las blancas turbideces de su infancia por profundos valles de lecho pedregoso, engordando, atravesando lagos, rebosante, pletórico, jovial, despeñándose en cataratas, ha llegado hasta aquí y ya no cambiará más de dirección. Ya es adulto. Pasará bajo los puentes de la ciudad sentando la cabeza. Las planas gabarras podrán surcar sus aguas. Él les ayudará a bajar, empujándoles suavemente. Ellas, a contra corriente, roturarán su cauce desplazando los anchos tajamares de sus proas.

\* \* \*

Mirando –sin ver– pasar las aguas bajo el puente viejo –el que un avisado obispo medieval lanzara hasta la otra orilla con las pupilas llenas de pingües derechos de pontazgo– Antonio López se entregaba a los recuerdos de su niñez matizados por la dulce melancolía que el tiempo proporciona a los recuerdos. No se aburría nunca. Cuando no se le ocurría otra cosa que hacer, pensaba. Él también estaba más lejos del mar de lo que hubiera querido. Las aletas de su larga nariz se abrían aspirando el aire húmedo en un esfuerzo inútil por sentir el salitre. Había nacido en una insignificante cortijada tendida, como otras muchas, sobre las pendientes penibéticas de la Sierra de la Almirara, cercanas al mar, sobre el caracol mediterráneo de Andalucía.

Había visto la luz en uno de esos muchos puntos blancos que se sanean a la recacha junto a las vides, los olivos y las higueras. A sus seis años recién cumplidos, con la cabeza casi rapada, su babero largo de duro lienzo rayado, sus sandalias de goma y su cartera de cartón piedra, había recorrido diariamente los casi seis kilómetros de camino pedregoso y montaraz que separaban su alquería del pueblo. Debió de ser durante aquellas caminatas a la escuela cuando tomó la costumbre de distraerse pensando. Por el camino, su mente se entretenía haciendo el recuento a bulto y tratando de despejar la incógnita de las diferencias específicas que podría haber entre las minúsculas cagarritas de liebre; las brillantes y más enjundiosas de cabra, que le parecían a él aceitunillas negras de degradados olivos de secano; los glomérulos untuosos de las ovejas que tanto le recordaban una vieja lámina, llena de polvo, que colgaba en la pared de su escuela pretendiendo ilustrar la estructura molecular; los negros cagajones de burro secados al sol y endurecidos que hacía rodar cuesta abajo de un puntapié; aquellos de los caballos que se partían fácilmente en dos dejando ver algún que otro grano de cebada sin digerir y aquellas superficies aplanadas –más raras en aquella tierra– que se extendían en rebordes concéntricos y que alguna vaca que otra dejaba a su paso sobre la tierra caliente del camino.

Había aprendido a leer muy pronto en aquella escuela unitaria y había oído los elogios que el maestro hiciera a su madre sobre las maravillosas dotes de su inteligencia. Los había oído con gran satisfacción, aunque sin aparentarla, porque sabía que un niño bien educado no debe ser presuntuoso. Pero en su cabeza empezó a bullir la imaginación. En sus pensamientos a lo largo del camino, ya no habría sitio para tan vulgares objetos de deshecho, sino para locas fantasías de futuro.

Él no era como los demás niños de la escuela. En tres meses había superado la cartilla primera y la segunda, y el maestro le había dicho ya que podía comprar el “catón”. A él le parecía que eso era un gran paso, puesto que la letra del catón era más pequeña que la de la cartilla. Casi tanto –decía para sí– como la de la Enciclopedia Álvarez de los niños grandes. Aquellos niños a los que D. José ponía a tomar el “mi ma ma me mi ma” a los párvulos y que la emprendían a cogotazos con ellos apenas se equivocaban. A él no le habían dado ninguno. A él lo respetaban. Él era diferente.

Aquella escuela unitaria, pobre pero soleada y risueña, pronto se le quedó pequeña. Tan pequeña como su babero rayado y sus sandalias de goma. D. José, alma noble que reconocía sus limitaciones, se negó a mantener al muchacho en su escuela. Ya había aprendido todo cuanto entre aquellas cuatro paredes pudiera aprender. Es una lástima que siga aquí. Esto ya es perder el tiempo. Es menester hacer todo lo posible para que estudie, para que su inteligencia no se malogre en estos parajes yermos de sabiduría.

La familia se reunió en cónclave, hizo el recuento de sus posibilidades y halló con amargura, que ni aún poniendo a contribución todas las fuerzas productivas de la unidad familiar se podía enviar al muchacho a la capital. No había lugar para hacerse ilusiones. Con resignación de aljama, Antonio trocó su cartera de cartón piedra por una punta de caprino y su polivalente enciclopedia, por una varilla de mimbre que unas veces mordisqueaba y otras utilizaba para fustigarse los pantalones distraídamente. Al frente de sus cabras, remontaba los caminos en busca de

los bancales de barbecho, de los pocos predios comunales de monte bajo a los que aún se podía llevar el ganado a ramonear. Otras veces iba el chaval tras su rebaño rumiando al par pensamientos de ilusiones frustradas, proyectos fugitivos de realizaciones brillantes entre los que corría fugaz el viento realista de la desesperanza.

Unos monótonos meses transcurrieron. Meses de iniciación sexual agropecuaria, de turbias desazones pedestres, de bruscos e incomprensibles cambios de conducta.

De negocios, el tío Gabriel, residente en Cómpeeta, hizo noche en la alquería. A los postres de higos secos, de improvisada y excepcional cena, la conversación gira apuntando hacia Antonio. Un tal Don Gumersindo, antiguo seminarista, se dedica en Cómpeeta a preparar a los muchachos para examinarse como libres en el Instituto. Yo le daré cama y comida y vosotros pagáis las clases. Si decís que vale tanto, merece la pena que hagamos todos un esfuerzo.

Con ruin valija de cierre cordelero y empuñadura de lata recorrió el muchacho tres largas leguas de pedregoso camino. Toda una jornada de fatigosos andares entrecortados de numerosos descansos: la estéril y bravía higuera cuyos frutos, aceporrados, jamás maduran y cuyo ramaje rebrota por entre las costuras del tapial de piedra seca; el algarrobo montaraz de bayas retorcidas que alguien respetó a la vera del camino; el olivo añoso de fácil acomodo en su multiforme pie; el viejo y resistente granado con fruto tímido de arreboladas mejillas: árboles de dura tierra que ofrecen al caminante su modesto óbolo de sombrajo incierto.

Cómpeeta, al caer la tarde, pone blancura en las sombras. El abigarrado caserío se recoge como la espalda de un jinete y cabalga sobre una loma, huyendo del mar. Cómpeeta huele a cepa y a mosto dulce, almibarado y espeso. Al pisar sus calles, el chiquillo siente la flama en los pies y el fresco en la cara. Es la brisa del mar que remonta los valles. Dos besos de arropía lo reciben en un portal. La tía Josefa, con cara sonrosada y moño recogido, de brazos frescos y mofletudos, de pecho almohadillado y cintura

de fecundidad probada, de piernas cortas y un tanto arqueadas, de carácter bonachón y temperamento manso, de corazón leal y de alma noble, es una augusta matrona que recibe y trata a Antonio como al sobrero de su manada en equidad de prestaciones y servicios con sus cuatro hijos.

Allí pasará el niño Antonio los días más felices de su vida: estudiando con ilusión, jugando con sus primos, mordisqueando con deleite el pan agridulce de su adolescencia.

D. Gumersindo halló en él capacidad y buena disposición. En dos semanas pudo acondicionarlo para el examen de ingreso. Un par de cogotazos bastaron para corregir su lectura que equivocaba a veces el tono ascendente o descendente, que debían marcar las pausas del texto; para añadir una cifra más a sus divisiones; para repasar los rudimentos de geografía y el sistema métrico que ya conociera por D. José.

Se arreglaron los papeles, se reunieron las pólizas y las fotografías –aquellas fotografías sobre pared blanca de cal en las que las asas de las orejas destacaban obsesivamente– y sobre un taxi pirata, los cuatro aspirantes y el ex-seminarista, brincaron de la Axarquía al alto valle del Guadalhorce y a la hoya de Antequera. Los admirados ojos de Antonio se iban llenando de la toponimia de semántica morisca que leía en los carteles que figuraban, bajo el obligado y preceptivo haz de flechas, a la entrada de los pueblos. Fue el primer viaje de su vida.

Con las mejores ropas, con la cartera nueva, regalo de tía Josefa, con cosquillas en el estómago, con el secreto orgullo de ser egregio entre los gregarios, con miedo a lo desconocido, con hambre de madrugada, con los nervios en tensión, veía pasar los pedruscos encalados, dispuestos a la vera de la carretera a guisa de subdesarrollados puntos kilométricos. Cada diez piedras blancas, una era más gorda: Deca, Hecto, Kilo y Miria, repasaba su mente. Deci, centi, mili: lo mismo da agua que granos de trigo. Quintales y toneladas, áreas y centiáreas. ¿De dónde sacarían en mi tierra las fanegas y los celemines? ¡Con lo fácil que es de diez en diez! Dicen que en Antequera es más fácil que

en Málaga. Por eso nos llevan allí. ¡El pañuelo! ¡Se me ha olvidado el pañuelo! ¿Y ahora con qué me limpio yo si me da por moquear? Tendré que sorber. ¡Con lo feo que resulta eso! ¡Dios mío, qué fatalidad! Daré mala impresión. ¿Si me suspendieran por los mocos? ¡Virgen del Carmen, que no moquee!

Las diez de la mañana. Viejo caserón desamortizado. Instituto Nacional de Enseñanza Media. Un bedel ha voceado: ¡Los libres de ingreso al aula de Ciencias! Don Gumersindo ha reunido a su mercenaria prole y les ha repartido ánimo y confianza: No os preocupéis. El presidente es muy buena persona. No os pongáis nerviosos. Tranquilos, que vais bien preparados. ¿Por qué habré olvidado el pañuelo? ¡Dios mío, una gota se está formando allá arriba! Ya resbala por dentro. ¡A la clase de Ciencias! ¡Vamos, los de ingreso, los libres! Tendré que pasarme la manga con disimulo. Tranquilos, vosotros tranquilos. ¡La chaqueta del primo! ¡Los de ingreso, por aquí! La tendré que lavar después. El presidente es muy buena persona. ¿El Pisuerga era por la derecha o por la izquierda? ¡Dios mío, no me acuerdo! ¿Y cómo se sabe cuál es la derecha y cuál la izquierda de un río? ¡Será según te pongas, digo yo! ¡Vamos, vamos por aquí! ¿Qué rey era el de las Navas? Era un Alfonso, pero sabe Dios cuál, hubo tantos. Me estoy poniendo nervioso. ¡Por aquí, por aquí, los de ingreso, los libres! Como me pregunten la batalla de las Navas de Tolosa estoy perdido. Con qué cara me presento en casa... Era un Alfonso de eso estoy seguro. El otro era Miramamolín. Eso es fácil de acordarse pero los alfonsos y los sanchos son un lío... Mientras pueda seguir sorbiendo... ¡Los padres y los maestros que se queden fuera durante el ejercicio escrito! Debía ser sexto. No, ese no era... ¡Que se siente cada uno en una banca! Pues sería el séptimo. ¡Por aquí uno en cada banca! Tú, aquí, en esta. “Pili está muy buena” ¡Se van a creer que he sido yo el que lo ha escrito! El pluscuamperfecto de subjuntivo: ¿Hubiera o hubiese habido de haber? No, no, tan complicado no era. ¡Madre mía, si no sé nada! ¡De pie, hasta que llegue el tribunal! Francia París, Italia Roma, Dinamarca Copen-

hague; Suecia Estocolmo; Estonia, Letonia y Lituania... ¡Madre mía! ¡Sentaos y en silencio! Ese gordito debe de ser el presidente. Tiene cara de buena persona. ¡Qué nervios tengo! ¿Y un cura también? Como me pregunte el “Dios mío Jesucristo”... ¿Criador mío, redentor padre, o creador padre y redentor mío? ¡La gota! y con este silencio no puedo sorber. Ahora os van a repartir unas hojas en blanco en las que habréis de poner... Este no es de aquí, se dice tendréis que poner. O se podrá decir también, claro, porque ese señor debe saber mucho. Me llevaré la mano a la frente y me limpio con disimulo. ¡Escribid claro que se entienda bien. Primero vuestro nombre! Dictado, escribid: Dictado... “Platero es pequeño...” ¡Qué suerte, peludo, suave... eso me lo sé de memoria. ¡Poned atención. Ya sabéis que más de tres faltas es suspenso. Repasadlo un momento y copiad esta división que voy a escribir en la pizarra. Ya estoy más tranquilo. Un vinatero compra dieciséis hectolitros de vino a dos cincuenta pesetas el hectolitro y lo vende... ¡Otra vez la gota! Qué cifras más ridículas. El vino es más caro. Dejad los papeles encima de la mesa y salid en silencio. Tenéis media hora antes del examen oral. ¡Qué alegría, creo que lo he hecho todo bien. Son 0,75 pesetas de ganancia por litro. Se lo preguntaré a D. Gumersindo. Me estoy orinando. ¿Dónde estarán aquí los retretes? ¿Qué tal muchachos? Allí, al fondo del pasillo, a la derecha. ¡Esto no tiene puertas! ¡Ay, qué descanso! ¡Adentro! ¡Todos adentro! Ya pueden pasar los padres si quieren. Qué nervios otra vez. Esto es peor aún. Conforme se os vaya llamando os acercáis al tribunal comenzando por el padre de religión. ¡Ay, que no me toque el primero! ¡Domingo Arrebola! ¡Uf, menos mal! Esto va por orden alfabético. ¡Servidor! No se oye bien lo que le pregunta. Creo que ha sido el Padrenuestro. Ahora pasa a otro. Debe ser el de matemáticas porque se lo ha llevado a la pizarra. ¡Qué nervios! ¡Si me duele la barriga! Que dibuje una circunferencia. Que trace una cuerda. No, tonto, esa no es la cuerda. Con lo fácil que es... Si me tocara eso a mí... ¡Miguel Carvajal! Ahí va otro. ¡Servidor! La señal de la cruz... ¡qué fácil! Y ahora se me va a notar

el restregón de la manga. ¡Qué vergüenza! ¡Dichoso pañuelo! ¡Luis Guardia López! Ahí va otro más. Ya está el primero en Geografía. Las provincias gallegas. Eso lo sé yo. Las cuatro tan juntitas, de dos en dos. ¡Antonio López Medina! ¡Ya está, me tocó! ¡Me tiemblan las piernas, Virgen del Carmen! ¡Servidor! Acércate más hombre, que no te vamos a comer. Me ha mirado la manga, se ha dado cuenta. Ay, mi barriga! ¿Cuántos dioses hay? Tres... que diga, uno. ¡Ah... eso es otra cosa! ¿Y personas? Tres, tres, personas tres. ¿Y son tres dioses? No señor... que diga no padre. Bueno, hombre, bueno, dime ahora el “Señor mío Jesucristo” ¡Ay!... Señor mío Jesucristo... Dios y hombre verdadero... Creador... Bueno, vale. Se ve que te lo sabes. ¡Uf! Pasa aquí a Matemáticas. Me siguen temblando las rodillas. Coge la tiza, vamos. Dibuja en esa circunferencia una secante. Muy bien. Ahora una tangente. Estupendo. ¿Y serás capaz de dibujar un triángulo escaleno? Muy bien, muy bien... pasa ahí al lado. Me ha parecido que ponía un diez porque ha escrito dos números. Ya voy estando más tranquilo. ¡Qué alegría! Dime los cabos de la península. Ortegal y Finisterre en la Coruña... Cuéntame ahora la batalla de las Navas de Tolosa, anda. ¡Ay Virgen del Carmen! Asustados los musulmanes de los reinos de Taifas ante la caída de Toledo llamaron en su auxilio a los almorávides del norte de África quienes restablecieron el antiguo poderío del califato de Córdoba... Bien, bien, sigue. Entonces... entonces que a los Almorávides sucedieron los Almohades que duraron más tiempo... y entonces el rey de Castilla... decidió organizar... ¿Qué rey? ¡Ay! Alfonso... Eso, muy bien, Alfonso VIII. Alfonso VIII decidió organizar una cruzada contra Miramamolín... Muy bien, muy bien. Se ve que te lo sabes. Anda, vete ya. ¡Uf, qué pequeña es esta clase! Antes me parecía más grande. Qué suerte he tenido después de todo. La verdad es que me merezco un diez. En realidad lo he dicho todo. ¡Qué alegría! Ya soy un estudiante de bachillerato. Ya mismo me tienen que llamar de Don. Y la Mariantonia que se deje ya de tirarme de los pelos, que ya no soy un chaval de guardar cabras, que yo soy un estudiante. Muy bien, Antonio, has



estado muy bien. Espera fuera a que terminen los demás y me entere de las notas. A ver si podemos estar de camino después de comer. Muchas gracias, D. Gumersindo.

Alborozo general en torno al maestro que se ha enterado de las calificaciones antes de tiempo, gracias a su vieja amistad con el presidente del tribunal, y con la excusa de la lejanía de Cómpea. Tortilla de patatas recaliente de sol y punta de longaniza a palo seco y con mengua de saliva. Entrecortada conversación estudiantil. Orgullo colectivo por el sobresaliente de Antonio. Satisfacción compartida de D. Gumersindo. Dulce sensación de diferencia. Regozo maloculto de admiraciones ajenas. Buchadas avarientas de agua de la fuente. Antequera se aleja oculta por una nube de polvo. La conversación languidece bajo el techo recalentado del renqueante Ford, cuadrado, de mezquino ventanuco trasero, importado de América a final de los años treinta, de veinticinco años de esforzadísimos servicios. Antonio se ha quedado dormido. Sobre su bamboleante cabeza, bajo la nariz de sus penas, se ha dibujado una sonrisa de Gioconda, entre misteriosa y sutil.

Libros nuevos de primer curso con la cabecera sin guillotinar. Bajo la bombilla de ridícula luz arrojada, alimentada por los escuálidos amperios que la zarandeada caja marrón del “limita” deja pasar, frente a la lumbre donde retuestan tenaces leños de olivo viejo, sobre la mesa redonda en la que las vetas duras han quedado resaltadas por el refriegue centenario de muchos estropajos esparteros, de lejía, de jabón de sosa, el muchacho ha ido lentamente rajando los cuadernillos con moroso deleite. Sobre las páginas abiertas han ido apareciendo, sucesivamente, la rosa de los vientos, “la brecha heroica”, los Cárpatos vistos desde la Lunca, la estepa rusa, los páramos de la Lora, la ría de Nervión, las naranjas de Algemesí. Le han seguido unos dibujos firmes de pistilos y de estambres y tras ellos, helos ahí los tiernos tallos de las gramíneas, las cofias o pilorrizas y los pelos absorbentes de raíces perfectas dibujadas por mano hábil, las nervaduras de la hoja y los cloroplastos, la respiración branquial y la pulmonar, los celentéreos y los espongiarios o poríferos. La hoja de

su navaja de renegridas cachas ataca sin piedad un libro delgado. Allí está Julio César con su mirar duro; Cicerón, el de los mofletudos carrillos; Augusto, el de Puerta Latina, con su brazo extendido y su coraza labrada. Y junto a ellos unos cuadros siniestros de morfología latina... Antonio se ha ido acongojando ante tal cúmulo de erudición. Ha tragado sin sentir, un poquito de saliva y ha llamado en su auxilio a toda la fuerza intacta de su confianza en sí mismo. Ha recogido del cosario que los trajo de Málaga sus libros nuevos, ha aceptado el desafío y los ha guardado despaciosamente en la cartera.

Las clases de D. Gumersindo, las miradas de Mariantonia, la flauta de caña y papel de fumar, los ejercicios de álgebra, los bocados crujientes al áspero membrillo que pone el vello de punta, el limatón sin puño que se clava en el quinto recuadro de la rayuela trazada en la húmeda y apelmazada tierra, la limpia cabellera de Mariantonia que roza suave sus arreboladas mejillas, la lección de los mamíferos, el aro que rueda saltarín y que continúa su marcha gracias al garabato medido de duro alambre, la frase ambigua que Mariantonia ha escrito en la contraportada de su cuaderno de geografía, la redacción sobre la primavera, la rebanada de pan con aceite de oliva, las regañinas de tía Josefa, el papelito redoblado que Mariantonia le ha hecho pasar con temblorosa mirada, las oraciones subordinadas, el canto destemplado mientras gira la rueda infantil y ambas manos tiritan imperceptiblemente, el examen de botánica, las iras de D. Gumersindo que dejan flotando sobre la clase un silencio de día de difuntos, la “prenda” en forma de candoroso ósculo que Mariantonia tiene que pagar por no saber de qué viene cargado un barco que zarpó de La Habana, las idas a la taberna en busca del tío Gabriel –que dice la tita que vengas, que ya está la cena lista–, las ecuaciones de primer grado, el insomnio dulce con cara de Mariantonia, los exámenes en Antequera, las vacaciones, los caminos blancos de la Alquería, la hierba para los conejos, el ramonear de las cabras, la luz del candil, los recuerdos de Mariantonia, los libros de segundo –repaso

de lo mismo y algo más—, el canto desganado mientras gira la rueda vacía sin Mariantonia...

D. Gumersindo llenaba la pizarra de cifras, de espaldas a sus alumnos, cuando la puerta de la habitación que servía de aula se abrió muy despacito y una cabeza asustadiza asomó por ella. Buenas tardes, Don... Perdona, Don Gumersindo, ¿puede dejar salir a mi primo un momento? Antonio se levantó del asiento turbado, azarado, inquieto, salió al pasillo, cerró la puerta detrás y preguntó a su primo con angustiosa mirada.

—Corre, vamos, que tu padre está muy enfermo. Recoge tus cosas que en la casa hay un hombre que te está esperando con un mulo para llevarte a la alquería. Ha venido para avisar al médico que ya se ha marchado con la moto. Vamos, díselo a D. Gumersindo y vámonos. Aquí te espero, no tardes.

Hilachadas nubes enrojecidas corrían hacia poniente. Sobre la albarda de esparto, el hombre y el muchacho se balancean al paso cadencioso del mulo. Callan. Los pensamientos de Antonio se van tiñendo de renegridos presagios. Las ideas tartamudean en su mente, van de acá para allá, recorriendo raudas el camino fácil entre la muerte y la esperanza. El sol se ha ocultado definitivamente y un vienteillo otoñal arranca extraños arpegios a la enramada de los encinares achaparrados. Es ya noche cerrada. Sólo el mulo —sabiduría genética de siglos de andaduras— distingue el reguero hollado de la vereda. Entona el búho su agorero silbar y la abubilla invisible bate alas de susto. Al fin, el animal se detiene ante la primera puerta de la alquería. Antonio deja resbalar su cuerpo sobre la albarda y corre hacia su casa, tres puertas más arriba. El llanto desgarrado de su madre y los sollozos entrecortados de sus hermanos pequeños alejan para siempre los alientos de esperanza. Padre yace sobre la cama, de altos varales de hierro, con la sobrecogedora inexpresividad de la muerte. Antonio rompe a llorar, mientras su corazón se empapa de un desconocido, fatal y extemporáneo cariño filial y su cabeza recompone con frialdad el incierto porvenir que se avecina. Allí a los pies de su padre muerto, dejó Antonio de ser estudiante de

bachillerato para convertirse en torpe y desacertado buscavidas de tan mala fortuna como buena voluntad.

\* \* \*

El agua del padre Rhin no termina nunca. La bruma desciende mansamente y oculta ya casi el otro puente; el que hace unos pocos años levantaron, aguas abajo, con modernísimas técnicas. Era de un solo ojo; polifémico, largo, estirado de orilla a orilla y evidentemente mucho más feo.

—¿Qué haces ahí parado mirando el río? —dice una voz a su espalda.

—Pues eso digo yo. ¿Vas para la escuela?

—Claro, hombre, ¿a dónde voy a ir si no?

—Pues vamos, no sea que lleguemos tarde. Y con esta humedad no es para estarse parado ahí.

—Y que ya mismo no se ve ni cantar. ¡Puaf! Qué harta estoy ya. Me van a salir jaramagos en las orejas con este clima. Veinte años ya, Antonio, ¡veinte años! Pero qué se le va a hacer. Resignación, hija, resignación, como decía la pobretica de mi abuela que tenía mucha gracia. Ya ves tú. A la escuela a mis años. Pero es que paso un ratico muy a gusto. Por lo menos me creo que estoy en Graná y me olvido un poco de estos suizos. ¿Te has fijado lo desgraciados que son? Mira tú, que nosotros somos desgraciados, pero anda que ellos... No sé para qué quieren tanto dinero si no saben disfrutarlo. Hala, a trabajar, a trabajar... Como si hubiéramos nacido para eso.

María Angustias no sabe hablar de otra cosa. Por más años que lleva en Basilea no se acostumbra a ello. Echa de menos aquellos paseos del domingo por la mañana después de misa, aquellos ratos entre baile y baile con las amigas, aquellas tardes de feria, aquellos chistes, aquellas morcillas calientes y aquellos churros con chocolate. Toda su juventud entera.

María Angustias es una emigrante especial. Bien es verdad que había llegado allá para trabajar, al menos esa era la razón aparente, pero ella sabía bien por qué se había veni-

do. Había que poner tierra por medio. Había que huir. No podía seguir soportando aquellas miradas entre compasivas y burlonas que herían su amor propio. Ella, precisamente ella, la más guapa del grupo, la más riquilla del barrio.

\* \* \*

María Angustias había nacido en el seno de una familia rica. Ella no conoció ni la miseria, ni la angustia, ni las privaciones de la mayoría de las familias españolas en los años cuarenta. Ella nunca fue a rebuscar ajos a la vega, ni llevó remiendos en la falda, ni comió sopas de ajo por necesidad. Cuando murió su abuelo, a quien con sus cortijos le sobraban recursos para alimentar a toda su descendencia, su padre –hijo de señorito– se trasladó a la capital para poner un negocio y educar a sus cuatro hijos en colegios religiosos. Pagó un traspaso cuantioso por un obrador de confitería y contrató a un repostero de experiencia para competir con las dos pastelerías más afamadas de la ciudad. Malos tiempos para una industria de lujo. María Angustias fue a las monjas del Sagrado Corazón –más conocidas por “las brujas”– y aprendió a bailar en la Sección Femenina, en un piso de la calle S. Antón. Aprendió “la jota”, “las sevillanas” y sobre todo “la reja”, que era lo granadino. Crecidita ya, con sus formas recién hechas y gastando la herencia del abuelo, fue a dar con un estudiante de la Tuna de Medicina que acompañaba sus bailes a la guitarra y que llenó su cabeza de ilusiones y su pecho de suspiros.

El obrador no pudo resistir la competencia. Los que comían dulces eran clientes fieles de las pastelerías de toda la vida. Tuvo que ser traspasado por una copla. El hijo de señorito no se resignaba a que sus hijos dejaran de ser nietos de señorito y ocultaba a su familia la triste realidad de sus finanzas, manteniendo el mismo ritmo de elitistas dispendiosos. Un infarto acabó con su vida y puso de manifiesto la precariedad de la situación económica de los Martínez de la Higuera.

De su formación en “cultura general”, lo más relevante había sido su habilidad para mover los volantes con un

golpe de tacón y su ajustadísimo cálculo de dónde quedaba la rodilla a la hora de hacer volar su falda para no mostrar ni un centímetro más de lo imprescindible. Ella sentía el fresco en sus muslos pero sabía que desde abajo no se veía nada más que lo correcto.

El tuno de Medicina acabó sus estudios a trompicones y se marchó a Albacete que era su tierra, desde donde le escribía cartas entrañables y esperanzadoras. El menú de su mesa fue menguando al mismo compás que las cartas de su novio. La última llegó para notificarle que se había hecho cargo de la consulta del médico de un pueblo cercano a la capital, achacado de tuberculosis ósea, que se casaba para la primavera con la hija del farmacéutico y que lo sentía, no podía ella hacerse una idea de cuánto. Las amigas acabaron enterándose y aunque se condolían por fuera, por dentro dejaban roer a sus anchas el gusanillo de la envidia. En el fondo nunca la soportaron bien; ni su cara bonita, ni los dineros de su abuelo, ni esa su habilidad faldimensora.

Lo que a ella le hubiera gustado de verdad era bailar, bailar en público y ganar mucho dinero con ello, como Rosario o como Pilar López. Pero una Martínez de la Higuera no se sube a las tablas ni enseña más arriba de la rodilla, sino, a quien la lleve a la vicaría. Una cosa era hacer patria formando grupos corales y danzantes por esos pueblos de Dios con la “cátedra ambulante” de la Sección Femenina y otra muy distinta incorporarse al mundo de la farándula. Se tuvo que conformar, pues, con aprender a malteclear en una vieja “*Remington*” de tampón, herencia del abuelo, con la esperanza de que alguno de los muchos amigos de su padre la colocara en un Banco. Como quiera que más que teclear aporreaba, que sumaba secretamente con los dedos, que su cultura general era tan general que apenas se notaba y como quiera, sobre todo, que su padre ya no tenía cuentas corrientes, el esperanzador empleo no llegó. Su madre murió al poco, sus hermanos marcharon a Madrid con cartas de recomendación y ella, en un arrebato de audacia, puso más tierra por medio y llegó a Basilea